

LAS TRES OLAS.

Hacia fines de Junio de 1850, tuve que pasar por ciertos asuntos de familia, desde el puerto de Deva, al de San Sebastian; y como el viaje por tierra era largo y penoso en aquella época, por no hallarse abierta todavía la carretera que hoy une á ambos pueblos, me decidí á hacerlo por mar, fletando para ello una barquilla.

Tanto por aprovechar el terral de la noche, como por huir del calor que ya aquellos dias principiaba á apretar bastante, nos embarcamos antes del alba; y largando las dos velas que se hincharon al punto al soplo de la brisa del rio, la ligera embarcacion principió á hender graciosamente las aguas, como blanca gaviota que resbala en la corriente entre la espuma de las ondas.

Los marineros recostados perezosamente sobre los paneles, saboreaban con delicia el acre humo de su negro tabaco, engolfándose por milésima vez, en la inagotable relacion de los mil accidentes y lances de la última invernada.

Cierto es, que la pesca del besugo á la que se dedican en esa estacion, la mas borrascosa del año, ofrece tan graves y frecuentes peligros, que son raros los dias en que no vean entre angustias de muerte, abrirse los hondos abismos de ese horrible elemento, prontos á sepultarlos en su seno!

No es pues extraño, que las rudas sacudidas que agitan sus almas, y que conserva palpitantes la memoria,

sean el objeto predilecto y constante de sus conversaciones.

—¡Padrino! exclamaba un joven, dirigiéndose al patron que era un anciano respetable, curtido por el sol y el aire. Padrino! En vano se ha mascado mucha mar... El saber y los años podrán dar alguna seguridad y prudencia, pero la confianza y la audacia llenan el bolsillo! Así, mientras la lancha que V. manda, y tripulan los viejos de la cofradía, aferra la mayor y toma rizos al trinquete por cualquier nubecilla que mancha el horizonte... nosotros los jóvenes, con todos los trapos al viento tragamos el espacio!

—Tanto peor hijo mio, tanto peor, repuso el patron.

—Tanto mejor, padre Tomás! Así llegamos á la cala cuatro horas antes que ustedes, y apenas bien despierto el besugo, se enreda en nuestros anzuelos, en tanto que al llegar ustedes, en vano calan los suyos, pues los animalitos despavilados ya, huyen de ellos como de la cruz el diablo.

—Tanto peor repito, y así no lo fuera! Dios haga que algun dia las playas de Deva, no tengan que llorar desiertas y abandonadas, la pérdida de sus mas valientes hijos!

—Hace mucho que se habla de eso, y sin embargo vivimos, y... ¿qué diablos? ¿aun viviremos!

—No te fies demasiado, que lleváis mal camino para ello!

—La madera es mas dura que el agua, padre Tomás!

—Manejándola bien hijo mio! Y no hay que olvidarse de eso! Tú sabes así como tus compañeros, que os quiere á todos como á unos hijos; pues he sido amigo, casi un hermano, de vuestros padres y abuelos. Por eso cada vez que miro á esa hermosa tropa de muchachos, todos jóvenes y gallardos, echarse locamente al mar, sin consultar para nada ni el celage ni el

viento... ¡oh! te aseguro que se me oprime de angustia el pecho, y mis labios invocan á la Andra Miri de Iziar, que ha sido siempre la Protectora de los navegantes! También nosotros hemos sido jóvenes, pero eramos mas prudentes!

—Ya, gritó con voz robusta otro marinero entrado en años, llamado Chánton;—es que los ballenatos de ahora arriesgan las algas en el charco, por nadar de largo en tierra!

—Ba! Ba! repuso el joven; lo cierto es, que nuestra lancha ha venido siempre con muertos (1) hasta los toletes, y la de ustedes apenas ha necesitado un balde para limpiar la escama!

—Otro año traerá otro viento, replicó Chánton. Y por cierto que hace falta, porque despues de todo, tiene razon este chico... Si en la última invernada no hubieran corrido en compañía las dos lanchas... la nuestra hubiera tenido que vender hasta los estobos para pagar sus deudas.

—Con la edad se olvida el oficio, exclamó riéndose el joven.

—No es eso solo, repuso con cierto misterio el viejo Chánton.

—¿Pues qué mas hay?

—La maldicion de alguna alma negra! contestó con acento irritado el viejo.

—¿Aún tenemos de esas? exclamó el joven dando una gran carcajada.

—Ríete, ríete cuanto quieras, refunfuñó amostazado Chánton.

—Y de buena gana por cierto, que merece bien tu guiñada. Luego dirigiéndose al patron, añadió.

(1) Muertos. Llamán así los pescadores, á los grandes peces que tienen que matarlos con machetes al soltar del anzuelo.

¿Y V. qué dice á todo esto padre Tomás?

Pero este haciéndose el distraido, volvió á otro lado el rostro, por ocultar la dolorosa emocion que revelaban sus alteradas facciones.

Chánton en cámbio, picado por la burlona risita del mancebo, replicó diciendo.

—Vosotros jóvenes imberbes, os reis de nuestras rancias creencias, porque habeis tragado algunas millas mas que vuestros padres ; pero pregunta á tu buen padrino que ha sido un lobo de mar tan duro como un tiburón, si recuerda todavía sin espanto, la *historia de las tres Olas*.

—¿Había también brujas en danza?

—Que te lo diga él!

—Vamos, pues, padre Tomás...

—Lo que vas á hacer al punto, es tomar un rizo al trinquete, que viene refrescando el viento.

—¿Y despues?

—¿Despues? Callar, sin meterte en lo que no te importa; que el pez en el agua, y el secreto en el pecho.

Viendo luego que el jóven trataba de replicar, añadió con imperioso y severo acento.

—Te advierto, de hoy para siempre... que mar adentro y en tierra firme, viro de proa ó suelto una andanada, cada vez que me toquen ese punto.

Nadie chistó; pues por el tono con que pronunció sus palabras, comprendieron sus compañeros, que serian inútiles sus ruegos.

Pero precisamente el interes que le inspiraba aquel asunto, y la penosa impresion que le causaba su recuerdo, era lo que excitaba mi curiosidad, no dejándome sossegar hasta conocer los misteriosos sucesos á que se referian.

Afortunadamente, el honrado marino habia sido en todos tiempos muy protegido de mi casa, de la que en

mas de una ocasion habia recibido favores que sabia yo recordaba con afectuosa gratitud, lo que me animó á manifestarle mis deseos, rogándole me refiriera la historia de que hablaba Chánton.

En efecto, apesar de lo que le contrariaba mi exigencia, se preparó á complacerme; y despues de algunos instantes que necesitó para reponerse de la dolorosa emocion que le causaban sus recuerdos, comenzó su relacion en los términos siguientes.

—«Tiene V. razon, mi amo, en creer que es algo rudo el sacrificio que me impone; pero como nada puedo negarle, lo haré con gusto por darle con el una corta prueba de la gratitud que le debo, solo que en atencion á la penosa impresion que me produce la memoria de tan triste sucesos, me permitirá que sea en su relacion todo lo breve que pueda.

Hace cosa de cincuenta años que era yo *Ouci-mutilla* (2) de una de las lanchas pesqueras de Deva, en compañía de un muchacho, conocido con el apodo de Bilinch. Él tendria como unos quince años, y yo de diez y ocho á veinte.

El patron de la lancha, era un hermano de mi padre que me habia recogido á su casa, siendo aun muy niño, al verme huérfano y desamparado en el mundo, por la pérdida de mis padres.

Era un gran marino, y tan práctico en nuestras costas, que hubiera montado con los ojos vendados, todas sus barras, fondeaderos, y calas.

Por lo demás, aunque un poco rudo y agreste como todo hombre de mar, tenia el corazón mas grande y heroico que puede imaginarse.

Ouci mutillac. Llámase así en Vasconce los dos mas jóvenes de la tripulacion encargados del cuidado de la lancha.

Habiéndose casado de vuelta de sus navegaciones por América, con una joven á quien quería entrañablemente, tuvo de ella una hija bonita y buena como un ángel. Era de la misma edad que yo, poco mas ó menos, lo cual unido á la costumbre de vernos y de tratarnos á todas horas, hizo que sin echarlo de ver siquiera, llegáramos á amarnos como dos pobres locos.

Poco tardó mi tío en apercebirse de ello; pero no debió desagradarle, á juzgar por las muchas bromas que en sus horas de buen humor nos daba á entrambos.

Cierto es, que me quería como á un hijo... y despues... nos veía tan felices!

¡Qué tiempos aquellos! continuó diciendo el viejo marino, exhalando al mismo tiempo un profundo suspiro. Si agoviado de cansancio llegaba de la mar, sin el consuelo siquiera de reparar con el sueño mis fatigas, por tener que arreglar las trezas para la siguiente mañana, la hermosa niña me obligaba á acostarme, mientras ella sentándose á los pies de mi cama, pasaba las altas horas de la noche, preparando mis enseres, y arrullando mi sueño con dulces y melodiosos zortzicos.

Cuando azotados por la tormenta y ateridos por el frio, llegábamos con trabajo al puerto... mis ojos se encontraban con sus ojos que reanimaban mi vida, indemnizándome de todas las fatigas.

Tambien es cierto, que el primer pescado de la invernada era siempre para ella; y si alguna preciosa concha, ó una caprichosa *flor de agua* (3) se enredaba en nuestras trezas, llegaba para la noche á sus manos; pues todos me la cedían con gusto, bien persuadidos, de la profunda gratitud con que me obligaban por aquel obsequio que

(3) *Flor de agua*. Designan con ese nombre á las madréporas por la semejanza que tienen con las plantas.

era el mayor que podían hacerme. ¡Oh mi amo! Las palabras de amor son frias en los labios helados de un viejo, pero puedo asegurar á V., que podría haber en aquel tiempo otros dos seres tan felices como nosotros, pero lo que es mas... imposible!

Si alguna nube llegó á turbar tanta dicha, fué la desgracia que constantemente persiguió á nuestra lancha en la pesca de besugo, el último año de aquellas relaciones.

En vano llegábamos antes que nadie á la cala; nuestras trezas se cargaban de miserables mielgas y papardos, en tanto que á nuestro lado, las demas lanchas se veían obligadas á alijar el lastre, para hacer lugar á sus centenares de besugos.

Si con el fin de variar la suerte dejábamos que ellos caláran primero, les veíamos con vergueza y pena, izar los aparejos cargados á punto de romperse, mientras los nuestros subían bailando al soplo del viento.

Y eso un día... y otro... y otro; sin que pudiera atribuirse á la carnada que era inmejorable; ni á las trezas que eran elejidas; ni á la torpeza de los marineros, pues eran los pescadores mas diestros que se conocían, desde Manchichaco á Híguer!

Era cosa de desesperarse!

Trabajábamos tres veces mas que todos nuestros compañeros, sin dejar banco, ni valle, de esa misteriosa cala del «Gran Canto» que mi tío conocía al dedillo, y á donde no abordaban todavía en aquel tiempo, mas que algunos vasco-franceses!»

Al llegar aquí, el viejo Chanton, aprovechando una pausa que hizo el patron, se dirigió con aire de triunfo al inerédulo joven y le dijo.

—Sigue, sigue escuchando, que ahora empieza lo mejor — «Una noche... continuó el viejo Tomás dando un profundo suspiro; una noche á eso de las doce, nos reunimos

Bilinch é yo en el muelle de Maspe, y entrámos en la lancha, á fin de aviarla para la salida, que solia ser generalmente de dos á tres de la mañana.

En menos de una hora dejamos todo arreglado, y viendo que aun nos quedaba mucho tiempo, nos echámos á dormir.

Por mi parte, poco tardé en entregarme al sueño; y sabe Dios cuanto hubiera durado, á no despertarme mi compañero, sacudiéndome violentamente de un brazo.

Sorprendido por tan brusco llamamiento, iba á dirigirle alguna ágría reconvencion por su torpeza, cuando al levantar los ojos para mirarle, quedé helado de espanto, observando el terror que revelaban sus desencajadas facciones.

—¿Qué te pasa? le pregunté con ansiedad.

—¿No las has visto? ¿No las has oido? balbuceaba él, con los ojos azorados. Eran ellas! Ellas!

—¿Pero quiénes? le volví á preguntar.

Tu Mári... y la otra! Huye de ellas, Tomás... No vuelvas á verlas!

Alarmado por sus ininteligibles frases, iba á pedirle algunas explicaciones, pero tuve que aplazar para otra ocasion, porque en aquel momento el relój de la parroquia vino á anunciarnos la hora de la salida.

—¡Vamos, vamos! gritó mi compañero al oír las tres campanadas! Pronto Tomás, que estarán ya aguardando!

En efecto, soltámos la lancha y nos dirigimos con ella á Lavatáya, que era el punto en que se reunia y se embarcaba la tripulacion.

En el camino volví á acosarle con mis preguntas... pero en vano! Ni desplegaba los lábios, ni levantaba los ojos clavados tenazmente en los paneles.

Cuando llegámos al embarcadero, encontrámos á la tripulacion que nos estaba aguardando.

Pero ántes de que la lancha atracára bien al muelle. Bilinch pegó un salto, y echó á correr en direccion á la calle, atravesando por medio de un grupo de marineros. Mas al doblar la esquina, tropezó con el sotapatron que venia en sentido opuesto, y fué tan rudo el encuentro, que el pobre chico cayó en el suelo gritando... No puedo... no quiero... y no iré al mar!

—Hola! Hola! replicó entonces el otro. ¿Tambien tenemos de esas? Y asiéndole de una oreja, le trajo al muelle, haciéndole entrar luego de un empujón en la lancha.

—¿Qué es eso? gritó mi tío al ver lo que pasaba.

—Nada, contestó el sotapatron; que éste arrapiezo quiere correr novillos.

—¿Es posible?

—Dice que le marea el agua salada y que deja el oficio. Por lo visto, va á matricularse de Obispo.

A todo ésto, el pobre muchacho se retorcia desesperadamente á los pies del patron, pidiendo á gritos que le echáran á tierra.

Los marineros por su parte, no viendo en aquellos extremos mas que el empeño de gandulear á sus anchas, se burlaban sin piedad de él; quien preguntándole si habia conquistado el corazon de alguna mayorazga, quien si estaba aguardando á algun tío de Indias.

Pero yo que me hallaba desasosegado y caviloso por el recuerdo de las fatidicas palabras que me dirigjó al despertarme en la lancha, y que veía algo de misterioso en toda su conducta, me acerqué disimuladamente á mi tío, y le comuniqué mis temores.

Este que á pesar de su rudeza, era un hombre razonable y bondadoso, impuso silencio á todos, y se dirigjó á Bilinch, diciéndole con dulzura.

—Vamos hijo mio, tranquilízate, y explicanos luego, porque no quieres, como otras veces, salir al mar con nosotros.

—Oh mi amo, me es imposible! Pero juro á V. que hoy no debo, que hoy no puedo acompañarles.

—Pero eso no basta. Tú sabes que estás comprometido por todo el invierno, y que no puedes faltar ni un día, sin una razón que lo impida.

—Es que la tengo Señor, la tengo; y ojalá que así no fuera.

—Lo creo, pues lo aseguras; pero es preciso que la conozcamos todos.

—Se me ha anunciado que si hoy me embarco, me he de ahogar sin remedio.

—¿Y cómo?

—Naufragando.

—¿Perdiéndose contigo en tal caso la tripulación entera?

—Así lo creo, y por eso debíais impedir que saliera hoy vuestra lancha.

—Chico, chico... Eso vá picando en historia! O tú te estás burlando sin conciencia de nosotros, ó sabes cosas, cuyo conocimiento nos interesa á todos. Así pues, vas á decirnos, qué anuncios son esos de que nos hablas, y cuáles los peligros que nos amenazan.

—Pero es precisamente lo que no puedo.

—Bueno! Querrá decir que correrás la misma suerte que nosotros.

—Por Dios mi amo!

—Silencio canalla! Supongo que no tendrás la pretension de creer que tu vida valga mas que la nuestra.

Dicho esto, púsose en pié, y asiendo el timon con mano fuerte, dió la órden de partir exclamando con robusto acento.—*Arráun mutillác!* (Remad muchachos!)

A esta voz, treinta remos hendieron á la vez las aguas, y la barca impelida por su impulso, corrió con rapidez rio abajo.

Pero Bilinch se habia echado ya á los pies del patron,

suplicándole que se detuviera, pues que estaba pronto á referirselo todo.

En su vista, mi tio mandó parar, y los marineros suspendieron en alto los remos.

La lancha perdiendo entonces poco á poco la fuerza de su marcha, fué á detenerse en frente de Urazandi, balanceándose suavemente.

El patron se sentó, y dirigiéndose con bondad al chico que lloraba amargamente, le dijo.

—Vamos Bilinch, serénate, y cuéntanos lo que te ha pasado.

—Lo haré mi amo; y quiera Dios que no nos venga algun mal por ello.

Esta noche á eso de las doce, fui como siempre con Tomás, á preparar la lancha para la salida; y á las dos horas, la dejamos ya arreglada y lista del todo.

Viendo que sobraba tiempo, nos tendimos ambos junto al tamborete, y á los pocos instantes, mi compañero quedó profundamente dormido.

No hubiera tardado por mi parte en imitarle, si no hubieran venido á desvelarme con estrépito y algazara, dos fantasmas en forma de mujeres, que cayeron á bordo como desprendidas de las nubes.

Fué tanta mi sorpresa, y tan grande mi susto, que quedé paralizado, mudo, y sin aliento para rebullirme siquiera. Esa fué mi fortuna; pues habiéndose inclinado para observarnos, y creyendo que tanto mi compañero como yo estábamos dormidos, continuaron en su algarabía, dando vueltas en derredor de nosotros.

Quando se hubieron cansado, la mas vieja de ellas, dirigiéndose á la otra dijo.—Duermen... duermen! Es lo que necesitábamos; ahora no despertarán hasta que yo mande.

De pronto sentí que la barca subia y subia por el aire. Despues de andar bastante tiempo, fuimos bajando

suavemente, hasta que al fin, nos detuvimos en la ancha copa de un enorme olivo.

Las dos mujeres se acercaron entonces, y mirándonos un rato, saltaron de la lancha y desaparecieron de mi vista.

Apesar del horrible miedo que me embargaba, era tanta mi curiosidad, que sin poder dominarme, abrí los ojos para echar una mirada hacia el punto, en donde debían hallarse, á juzgar por las voces y ruido que venían por él.

Al incorporarme, tropecé con una rama que estorbaba mis movimientos, y cortándola con el mayor cuidado, la oculté bajo los paneles, para que no la vieran á la vuelta. Miré entonces, y á pesar de la obscuridad, conocí que nos encontrábamos en un inmenso olivar, en uno de cuyos extremos, se me figuró ver algunos bultos que vagaban entre sombras.

¡Alguna danza de Lámias! dije para mí, y me acerqué á Tomás para despertarle; pero en aquel instante, sentí ruido como de pasos que se iban aproximando, y sospechando que serían las dos mujeres, volví á tenderme como antes.

Eran ellas en efecto; quienes despues de contemplarnos de nuevo un rato, entraron en la barca, que inmediatamente se puso en movimiento.

A los pocos instantes, llegamos al punto de partida, es decir, al muelle de Maspe.

Despues de atada la barca, la mayor de ellas dijo á la otra.

—Hija mia, despedámonos de ellos para siempre!

—¿Para siempre? No entiendo...

—Quiero decirte, que nunca volverás á ver esta lancha, ni tripulante alguno de ella; pues dentro de dos horas descansará con su gente en el fondo del mar.

—¡Pero si está como una balsa de aceite!

—¡Pues apesar de eso! Antes que doblen la punta de Arrangatzi, levantaré tres olas inmensas; la primera de leche, la segunda de lágrimas, y la tercera de sangre. Podrán librarse de las dos primeras, pero no hay poder que les salve de la última.

—¿Qué odio les tienes!

—Es mi destino! Les he perseguido todo el invierno ahuyentando á su paso la pesca; pero como mi virtud sobre ellos concluye la próxima noche, quiero acabar tambien con ellos sepultándolos en las ondas!

—¿Y no habrá compasion para nadie?

—Para nadie! Absolutamente para nadie! Y no lo echas en olvido. Nuestra mision es aborrecer á todos sin excepcion alguna; pero con mas vehemencia á quien mas nos quiera!

—¿Sigamos pues el destino. ¿Pero y si por cualquiera circunstancia dejáran hoy de salir á la mar?

—Calla maldita, eso es imposible. Todo les convida á ello. Saldrán y perecerán. Solo hay un medio, uno tan solo, en cuya virtud pudieran evitar su suerte, pero ni lo conocen, ni alcanzarán á conocerlo.

—¿Cuál es madre mia?

—Lanzar un arpon al sevo de la última ola, es decir, á la de sangre; porque esa ola seré yo, yo misma que flotaré entre sus aguas, invisible á sus ojos. El golpe que éstas recibieran, heriría mi corazon de muerte, salvándoles á ellos.

—¿Oh madre si lo supieran!

—Pero es imposible, pues no hay mas que tú quien pueda conocer este secreto, y bien seguro es que no irás á publicarlo. Así es que serán míos! Todos míos! y no habrá en nuestra próxima fiesta nocturna, quien celebre un triunfo como éste!

Así diciendo, volvió el rostro hacia la barca, exclamando "Podeis despertaros!" y en seguida desaparecieron ambas de allí, dando estrepitosas carcajadas.

En cuanto me vi solo, desperté á Tomás; y al ir á revelar lo que ocurría, sonaron las tres y vinimos á Lavatáya.

El muchacho calló; pero figúrese V. mi amo (continuó el viejo Tomás dirigiéndose á mi) cómo quedaríamos al escuchar tan extraña relacion, y sobre todos yo, que por las incoherentes frases que oí á Bilinch al despertarme, entré en sospechas de quienes podrian ser las dos mujeres.

Era espantosa mi desesperacion, y me enloquecía á la idea de ser tan pérfidamente vendido, por la persona que mas amaba en el mundo!

Parecía que el corazon queria reventarse; y por cierto, que en aquel momento lo hubiera sentido bien poco.

Hubo sin embargo algunos que no dieron crédito á las palabras del pobre chico, otros que las explicaron como efecto de una pesadilla, no faltando por último quienes echándolo á barato, principiáran, á burlarse de él.

Pero éste por única contestacion, preguntó dirigiéndose con altivez á todos, si habia uno siquiera entre ellos, que conociera la existencia de un olivo en diez leguas á la redonda.

Todos respondieron negativamente; y entonces él separando apresuradamente los paneles, sacó del fondo de la lancha, una rama, y exclamó con aire de triunfo.—Pues ahí teneis esto! Es la rama con que tropecé en el olivar, al levantar la cabeza, y la cual oculté en este sitio, á fin de que á su vista no comprendieran aquellas mujeres que era fingido mi sueño.

Ahora bien, si hay quien pretenda burlarse de lo que he dicho, debe primero citar un punto, de donde pueda

traerse una rama de olivo fresca como la que yo enseño, en el corto espacio que ha durado el sueño de Tomás, único tiempo de que he podido disponer para hacerme con ella; pues en cuanto al resto de la noche, bien sabe él, y puede deciros, que no me he separado un momento de su lado.

Nadie pudo resistir á prueba tan concluyente: porque la verdad es, mi amo, que en aquel tiempo no habia, ó no se conocia al menos en diez leguas al contorno, árbol alguno de esa clase.

La rama fatal destilando todavia savia del punto en que habia sido desgajada del tronco, corria de mano en mano, helando de supersticioso terror á los mas incrédulos.

—Lámia! Lámia! murmuraban todos con indescriptible espanto.

Yo lloraba sin consuelo, pues mi alma destrozada me decia, cuánta era mi desgracia!

Despues de unos instantes de confusion, ocasionada por unos que opinaban por volver á tierra, otros que proponian que se evitara el Arrangatzi; y la gritería y las voces de todos, el patron se puso en pié, y empuñando con fuerza el timon, dijo en alta voz.

—¡Silencio!

En cuanto se hubo restablecido la calma, añadió dirigiéndose á mi.

—Tomás agarra el arpon y á la proa! Listo el ojo, firme el brazo, y á mi voz lánzalo al agua! Ahora los demas al remo! *Arráun mutillác.* (Remad muchachos.)

Senti oprimírseme el pecho al escuchar sus órdenes. No sospechaba el desgraciado, que el golpe que hiriera la ola, habia de cortar su vida!

Impelida por la fuerza de los remos, nuestra lancha abrió con rapidez la corriente.

La trémula claridad del alba rielaba sobre la superfi-

cie de las aguas, que apenas rizaban ni un soplo de aire, ni el movimiento de una ola.

La barca corría y corría, y sin embargo, parecía que nos movíamos apenas; y que los brezos y los madroños de la orilla, huían de nosotros en vertiginosa carrera, tomando entre los vapores de la mañana, formas fantásticas y caprichosas.

Doblámos la punta de la Cruz, y nos acercamos á la barra, que aparecía á nuestros ojos tranquila y serena como la frente de una virgen que no ha despertado al amor.

En un momen'o llegamos á ella.

Por ningun lado asomaba el menor peligro... y sin embargo..., nadie chistaba!

De pronto y sin conocerse por dónde, se levantó á dos brazas de nosotros, una enorme ola, grande como una montaña, blanca como la nieve.

¡*Guéldi!* (Quietó!) gritó el patron, dirigiéndose á mí. Yo cerré los ojos, deslumbrado por la blancura de las aguas... y acaso por el miedo!

—Era verdad! murmuró el patron con voz un tanto trémula, ¡La ola de leche!

—¡La ola de leche! repitieron todos en voz baja.

—*Aurrerá mutillác.* (Adelante muchachos) gritó el patron.

Los treinta remos volvieron á hundirse, y la barca resbaló sobre el agua, con la proa envuelta entre nubes de espuma; pero antes de la tercera palada, volvió á levantarse muy cerca, otra ola mayor que la anterior, exhalando de su seno diáfano y cristalino, un vapor que abrasaba los ojos.

Así como antes, nos suspendió por un momento sobre el abismo, y corrió en seguida á deshacerse bramando en las negras arenas de Ondarbeltz.

¡La ola de lágrimas! balbuceó mi tio gritándome *Gurru Tomás!* (Listo Tomás!) Luego dirigiéndose á la tripulación añadió *Aurrerá mutillác.* (Adelante muchachos)

La lancha corría y corría; y ya cuasi había traspuesto la barra, cuando vino á cerrarnos de lleno el horizonte, la pavorosa ola de sangre que alzándose en monstruoso arco, nos arrastraba á su horrible seno con fuerza irresistible.

¡Oh mi amo! Seria imposible pintar á V. la terrible ansiedad, el temeroso espanto, que agarrotaba todos los ánimos en aquel solemne instante!

No se sentía en medio de tan lúgubre silencio, mas que la angustiada respiracion de los marineros, al compás del uniforme movimiento de los remos.

Orrí gogor! (Firme á ésa!) gritó mi tio santiguándose. Vacilé un momento... cerré los ojos, y lancé con mano trémula el arpon al fondo de la ola de sangre!

Un doloroso y triste quejido respondió á mi golpe, mientras aquella montaña de agua rojiza se abría en dos partes contra el tajamar de la lancha, y se precipitaba con fúria á la costa, dejando la playa cubierta de una espuma sanguinoleta.

Aquel día... continuó cada vez mas conmovido el anciano Tomás; aquel día, nuestros brazos se cansaron en levantar los aparejos cargados de besugo, pudiendo asegurarse, que quedáron compensadas todas las pérdidas de la invernada.

Figúrese V. mi amo, si con tal motivo faltarian á Bilinch plácemes y enhorabuenas.

Todos estahan locos de contento, mientras yo devoraba en silencio lágrimas que caian á abrasar mi corazon destrozado!

Dimos rumbo para casa, y aunque tardamos poco en llegar, encontrámos todos los muelles cuajados de gentes

que habian aeudido á presenciar la entrada , noticiosas ya de nuestra buena suerte, por otras lanehas que menos cargadas que la nuestra, pudieron anticipársenos facilmente.

Pero en vano mi tio ó yo dirigiamos las miradas de un lado á otro, buscando entre la multitud los dulces objetos de nuestro cariño! Ni la madre ni la hija aparecian por ninguna parte.

Mis ojos se encontraron con los del tio. No me fué difícil conocer en sus miradas la inquietud que le causaba su ausencia, pero bien seguro es que él no adivinó por las mias, la tremenda borrasca que rujia en mi pecho!

En cuanto saltó al muelle, preguntó por su esposa, y le dijeron que se hallaba indispueta.

—Ya me lo temia, murmuró, y apresuró el paso.

Yo le seguia llorando!

Llegamos á casa, y nos dirigimos al cuarto de la enferma que en aquel momento se encontraba en cama, con el rostro vuelto hácia la pared.

Al sentirnos entrar, levantó bruscamente la cabeza, y fijando en su marido una mirada sangrienta impregnada de odio, gritó con terrible acento.

—Maldito! Maldito! Maldito seas!

Y así diciendo, cubrióse el rostro con la sábana, y exhaló su último aliento en un horrible rugido.

El desventurado esposo se precipitó sobre su cadáver y lo estrechó contra su pecho, queriendo volverle á la vida á fuerza de abrazos y caricias.

Aquella escena me desgarraba el alma y sali de casa.

A los pocos pasos, me encontré con su hija. No puede formarse idea de la horrible transformacion que en tan poco tiempo habia sufrido su rostro de ángel.

Sus hermosísimos ojos que brillaron siempre con una

expresion de irresistible dulzura, lanzaron al verme miradas rencorosas de desesperacion y venganza.

Un estremecimiento nervioso se apoderó de todo mi cuerpo, pero dominándome sin embargo, la dije con cariño.

—¿Qué es eso Mári?

—¡Maldito seas asesino! me respondió con ronco acento, y desapareció para siempre de mi vista.

Al punto comprendí lo que pasaba; pero no obstante, por acariciar hasta el último extremo un resto de esperanza, tomé el camino mas largo que pude, para ir al muelle á verme con Bilinch.

Le encontré allí en efecto segun habia pensado.

—¿Quienes eran, le pregunté acercándome á él, las dos mujeres que viste anoche en el muelle de Maspé?

Mi compañero dobló la cabeza y guardó silencio.

—¿Quienes eran? le volví á decir, con aire amenazador.

—¡Mári y su madre! contestó en voz baja.

—Ya me lo temia, murmuré yo, alejándome de aquel sitio.

Mi pobre tio cayó en cama, afectado profundamente por la soledad y el desamparo en que le dejaron la muerte de su mujer y la misteriosa desaparicion de su hija; y á los pocos meses de enfermedad, sucumbió agoviado de dolor y de tristeza!

Huérfano de nuevo, se me hicieron insoportables los sitios en que fuí tan dichoso, y que no ofrecian ya á mi alma, mas que la afliccion y el vacío en el porvenir, y recuerdos desgarradores en el pasado.

Así, en la primera ocasion, me ajusté en un buque que hacia rumbo para América, y no volví á estas playas hasta despues de veinte años.

Desde entonces... jamás ha llegado la mirada de una mujer á reanimar mi alma muerta, ni ha alcanzado el fuego de la pasión á dar calor á mis labios fríos! Y aun hoy mismo, mi amo, despues de cincuenta años de peligros y de fatigas, bajo esta piel curtida por el sol de dos mundos, mi viejo corazón se estremece rudamente, al recuerdo de sus primeros y únicos amores! ¡Dios me perdone por ello!

El honrado patron calló concluyendo su historia, y dobló la calva frente sobre su mano callosa, procurando ocultarnos dos lágrimas que surcaban sus tostadas mejillas!

Conmovidos tambien los demás en presencia de aflicción tan profunda, nos engolfamos poco á poco en esa vaga region de melancólicos sueños, que impregna el alma de triste y misterioso encanto.

Y así continuamos el viaje, hasta que la aguda voz del proel gritando Donostia! Donostia! nos volvió á las dos horas á la realidad de la vida; saltando pocos instantes despues en uno de los muelles de esa preciosa ciudad, que arrullan con sus amores, por un lado el rudo Océano, y por el otro el dulce Urumea! (á)

FIN.

NOTA.

- (á) A excepcion de los amores de Tomás, ni el detalle ni la circunstancia mas insignificante se ha añadido en la relacion de esta tradicion ó lo que sea. Aun viven en Deva gentes que conocieron y trataron á los personajes que intervinieron en ella; marinero existe todavia que asegura (y que jurará si se le aprieta un poco) que tuvo en su mano la rama de olivo, y que vió perfectamente las tres olas, y escuchó el quejido de la Llamia; y lo que es en cuanto á crédito, no hay hombre ni mujer del pueblo que no se lo dé tan completo, como si hubiera presenciado por sí mismo los sucesos á que se refiere.

FIN.